

dos versos: «Para clavar la música en el viento» y «Cuando detrás del tacto la música confía». En la poesía de Gerardo Diego se nota el gusto y dominio de la música, esa sensación de ligereza sobre la gravedad.

Antes ha salido a colación la palabra «jinojepa», una de las invenciones felices y arbitrarias del poeta. ¿Qué significa? Nada. El goce eufónico y la maliciosa intención de dejar perplejos a los críticos, a los cuales ya tomó bastante el pelo desde su revista *Lola*, hermana menor y festiva de la más poética *Carmen*.<sup>6</sup> Dejemos pues el misterio y la broma sonora de palabras como jinojepa o gitanjáfora. Algún crítico severo dirá: la poesía festiva, no es poesía seria. Pues claro. Gerardo Diego parece un vendedor de versos, un charlatán cuando escribe: «Versos, versos, más versos, / versos / para los hombres buenos, sublimes de ideales / y para los perversos» (p. 31). Titula un poema «Capuchín» y escribe: «Tres jamonas / solteronas / juntos picos de avechuchos. / Vivarachas, las muchachas / cuchichean las escuchas». Poesía de la intrascendencia, del humor.

Las artes plásticas, sobre todo la pintura, también le son caras a Gerardo Diego. Así puede verse en el poema «Benjamín Palencia», retrato del pintor: «Ahí viene Benjamín con todos sus corderos, / con su nómada tribu y su escuela por libre» (p. 57); o más adelante (p. 59) en «El retrato imposible», un poema sobre Pemán, o en «Homenaje a Joan Miró», un pintor creacionista, ligero. Véase el juego del fonema o círculo, universo: «Porque Miró miró / y a través del mirar eterno rió / y en lo que vio creyó» (En el texto se acentúa vió).

Al poeta le gustan las definiciones graciosas, alcanzando logros como «La abubilla, abadesa de cogulla» (p. 61) o la ingeniosa de «La rabia»: «La rabia tiene dos tiempos ella y su sombra / y su sombra sola» (p. 96).

Hay en esta primera parte dos poemas dedicados a poetas: «Abril en marzo», a Luis Rosales, poema salpicado de ingenio, entre la anécdota y la biografía, el humor y la ternura, pétalos, rosas, de «Nuestra rosaleda / de creciente amistad mi Luis Rosales» (p. 76). A Rafael Alberti le recuerda el paso veloz del tiempo: «¿Cuántos años, siglos, eras han volado?» (p. 80), sus mismas empresas poéticas «No he olvidado a mi eventual secretario / de 1926, 27, y la amistad, siempre».

La segunda parte de la antología lleva el significativo título «Poesía de creación». Crear, en la novedad y no repetirse en el tópico es un propósito esencial de la poética gerardina. Sus innovaciones no significan desdén por la belleza como tantas veces sucede con las vanguardias que pretenden quitar la piel a la estética, dejarla en nada viva. El es innovador en versos y estrofas, en nuevos ritmos, pero ama las palabras esenciales del universo poético: estrellas arcoiris (p. 86), el color del modernismo: «Sólo el azul se salva / en telegrama a vuelo de paloma» (p. 86). Cuando inventa palabras hay en él un cruce mágico entre el humor de raíz gregueriana y la emoción poética, salvadora de la ocurrencia. Esto puede verse detenidamente en las jinojepas, donde se encuentran palabras como pingorotada, cojario, Diputadísima. O en otras invenciones como

<sup>6</sup> En el mes de diciembre de 1927 nació la revista *Carmen*, dirigida por Gerardo Diego, entonces catedrático en el Instituto Jovellanos de Gijón. Fue impresa por Aldus, S. A. de Arte (Santander). Aparecieron siete números. Como complemento de *Carmen*, con sordina festiva, apareció la revista menor *Lola*.

«estrellor», o el verso onomatopéyico y jocosos, irónico de la abubilla: «¿-Bu-bu, bo-bo, be-be-be-?».

Pese a los atrevimientos lingüísticos, los juegos de palabras, la segunda o tercera intención, Gerardo Diego advierte: «No escribiré ya más un verso / en el que no haya embarcado toda el alma». ¿Es una confesión del poeta? ¿Ha escrito muchos versos por puro juego, ocasionalmente, divirtiéndose, sin poner todo el alma en el asador? Sin duda son poemas de ingenio más que de sabiduría. Y Gerardo Diego sabe ser hondo y serio, cuando quiere.

Hay en el poeta un simbolismo geométrico, un deseo de exactitud matemática que le viene del gusto por la música. En el poema «Momentos musicales» habla «de los isósceles y escalenos», de «un ángulo recto no estorba nunca en el bolsillo» (p. 92).

Las raíces humanísticas están en el poeta, incluso cuando parece hablar en broma, y parodia los textos de clásicos y amigos, dando un guiño al lector como para advertirle que de ninguna manera se está riendo de ellos. Al final del poema «Vagabunda es la sed», escribe «Dichoso aquel que sin prisa camina / buscando entre el cantil de la verbená / la roca salpicada / de la escondida clavellina» (p. 96), donde pueden encontrarse reminiscencias del «Beatus ille» horaciano, y de su actualización castellana en la famosa oda «La vida retirada» de Fray Luis de León.

Una colección de jinojepas constituye la tercera parte del volumen. Esta poesía se la ha caracterizado de festiva, paródica. Pero el poeta sale al paso con estos versos iniciales: «¿Poesía-decís-festiva? Qué difíciles empeños / el reconstruir de sueños / en trapezías fugitivas». A menudo olvidamos que el humor se lo toman muy en serio los humoristas. Como el payaso que llora al final de su número, después de haber provocado la risa de todos los espectadores, incluso de los más tristes. Los últimos versos del largo poema «La pingorotada», donde sorprenden tantos nombres propios, anécdotas y ocurrencias, dicen: «Lo que empezó jinojepa / ha acabado en triste llanto / y no hay nadie que lo sepa». ¿Qué separa a las jinojepas de los denostados ripios? El dominio del arte en Gerardo Diego que no fuerza las rimas a la caza descabellada de consonantes, sino que el verso le sale con el ritmo torero, alegre, hilvanando disparates con naturalidad y gracia.

El sentido paródico de las jinojepas no respeta ni al célebre soneto de Cervantes, a su vez desmitificador e irónico, cuando Gerardo Diego escribe: «Vive Dios que me espanta esta grandeza / y que diera un doblón por derriballa» (p. 106). Para mayor irreverencia escribe una «Jinojepa de Cervantes»: «Ay Cervantes, Cervantes, Cervantes / pero, hombre (y por vía de apremio) / ¿Por qué no llegaste quince años antes?» (p. 109). O cuando trastoca el ritmo del conocido romance y dice: «El día que tu naciste / hubo una grande señal».

«Versos Divinos», la cuarta parte del libro recoge tres poemas serios, de tema religioso. «Diálogo de las advocaciones», sobre los nombres de la Virgen, y dos poemas de tema navideño. Gerardo Diego es un buen poeta de temas religiosos. Los cultiva con emoción y con gracia, sin caer en la ñoñería.

Dos poemas a Juan Larrea, su amigo con quien escribió en el creacionismo, constituyen la quinta parte del volumen. Es una poesía de búsqueda, de creación, donde resaltan

las metáforas inéditas, atrevidas, de difícil interpretación: «Mientras la luna come silencios en conserva / en un alto del camino el reloj lava sus pájaros» (p. 122) o «Trenzado del violín que nadie escucha / El ruiseñor sin noche hace un nudo en mi ruta» (p. 123).

«Mi románica España», la sexta parte, recoge una abundante colección de poemas que reflejan viajes por los templos de España, el placer por la arquitectura sobria y esencial del románico. Van precedidos de un prólogo explicativo donde Gerardo Diego advierte: «El arte románico español presenta una fisonomía propia, inconfundible». Y más adelante escribe: «El románico ofrece en España una riqueza y diversidad que en vano buscaríamos en su más central cuna francesa y en sus prolongaciones europeas». El poeta, subyugado por la belleza esencial escribe con la sencillez románica, impregnada en sus versos: «La desnudez, la soledad, el frío / La sombra crea, la luz crece, crece». Visita la catedral de Seo de Urgel, el monasterio de Ripoll, Santo Domingo, en Soria, donde recuerda su estancia, su raptó de inspiración: «Me pasé unos años de mi vida / y una vida infinita de mis años / contemplando esta portada única». La existencia dilatada es intensidad de la experiencia profunda, esencialidad del momento eterno, perdurable en la memoria. El poeta visita y se prenda de la colegiata de Santillana, de la catedral vieja de Salamanca —aquí escribe un poema en forma de diálogo—. En Santiago se acuerda de su ángel, un ángel de la lluvia, símbolo del sueño, de la música, del misterio de Compostela: «Mi ángel de la lluvia aquí duerme difuso / y encubierto en sus alas sueña, sueña» (p. 138). Valle de Arán, Catedral de Zamora, San Martín de Frómista, San Isidoro de León, San Pedro en Soria, San Juan de Amandi, Santiago del Burgo, Estella, Santiago en Carrión de los Condes, el Monasterio de Silos, son otros tantos itinerarios y sitios para quedarse, para inspirarse. Sus versos dedicados a la iglesia de San Martín de Frómista, recuerdan a aquella visión orteguiana de la catedral de Segovia: «¿Estamos en Castilla / la llana y castellana? / Sin duda pero éste es un navío / inverosímil y esdrújulo...» (p. 144). En San Isidoro de León sorprendemos esta construcción con sabor primitivo y plástico que remite al *Poema del Mío Cid*: «Y esgrimen espadas tajadoras». En Silos, recuerda sus devociones y el canto de su ya famosísimo soneto.

La «Serie de la investidura», séptima, Santander 1980-1982, precedida del «Discurso de la errata», recoge una serie de poemas cortos, a modo de apuntes, estampas o definiciones dedicadas a su ciudad, con motivo de ser investido Doctor Honoris Causa por la Universidad de Santander. «Doctor Amoris Causa» explicará él, con socarronería y humildad, en dicho «Discurso de la errata». Irónicamente se define a sí mismo: «Yo aprendiz contumaz de poeta y acreditado carcamal» (p. 171). Los poemas son sencillos, breves apuntes: plazas, templos, atarazanas, calles, casas, amigos, sombras... recuerdos. Así el apunte de Pereda: «¿Era él y me lo mostraban / hemipléjico al sol de febrero / paseando por el muelle de su casa?» (p. 182). O la evocación de Pérez Galdós: «Acariciando el gato en su regazo / mira apenas sin ver, mira episodios» (p. 178). Amores que no supieron nunca de la introvertida pasión del poeta, tal vez desahogada en versos: «Se llamaba Conchita / y nunca supo nada de mi amor de plata» (p. 175). La emoción de la calle dedicada «Poeta Gerardo Diego», su calle y el orgullo «amoris causa», de sentirse poeta en su tierra, querido, alabado. No es poco. Pasea por la «Plaza del cuadro»: «Qué bien este remanso, este refugio», un sitio donde el poeta escucha la soledad sonora.